

España y Latinoamérica, algunos de sus problemas comunes

Hay un hecho fundamental, decisivo, que los pueblos latino-americanos tienen en común con España y que por sí justifica sus repetidas crisis: el fracaso de sus revoluciones. Es decir, el hecho de que no consigan forzar y superar —salvo en el caso de Cuba— aquellos obstáculos estructurales que impiden el pleno desarrollo de las fuerzas productivas; que no se haya hecho la revolución económico-social que sus pueblos exigían. Los intentos que, por vía electoral o por vía violenta, repetidamente se han venido sucediendo, han resultado siempre impotentes para realizar un cambio substancial de las cosas. En definitiva, tras un período más o menos largo de euforias y entusiasmos, todo ha terminado siempre en concesiones, en aplazamientos, en vuelta a la inercia de lo constituido. Frente a la fuerza invencible de las realidades económicas, de la presión extranjera y la fuerza poderosa de los intereses creados, todos los buenos intentos se derrumbaban. Al final, todo iba terminando una y otra vez, en decepción de los electores, en desencanto de los militantes y en la apatía subsiguiente de una población desengañada de la política.

La consecuencia es que ha existido y existe, efectivamente, una “crisis española del siglo XX”, como ha estudiado lúcidamente Carlos M. Rama, en su conocido libro, pero que tiene su correlato y su similitud con todas las crisis que vienen soportando los pueblos latino-americanos. Y la causa esencial de las mismas no es otra, repetimos, que no haber sabido encontrar el camino adecuado, la vía óptima para realizar la verdadera revolución que se exigía. Porque la realidad es que todos aquellos países, al igual que nosotros, han estado maduros y hasta necesitados ya de realizar una transformación radical de estructuras: la imprescindible para poder abrir las puertas a una nueva etapa de desarrollo. En cambio, intentos frustrados y retrocesos subsiguientes, pueblan toda nuestra común historia.

Se ha dicho a este respecto, con sobrada razón —y ello hay que aceptarlo sin demasiadas estridencias—, que la verdadera revolución latino-americana —así como la posible revolución española—, habrán de ser *agrarias* y *antimonopolistas*, o todo se reducirá a vaga palabrería. La causa

fundamental para que deban ser así, radica en que todo futuro desarrollo económico-social se vería frenado, en otro caso, por una economía agrícola con grandes supervivencias feudales y por un importante aparato monopolista, que domina el comercio y la escasa producción industrial. Porque existe la triste realidad de que al no haberse efectuado previamente una revolución democrático-burguesa, que rompiese las trabas que se oponían al desarrollo capitalista, viejas formas caducas han seguido parasitando y obstaculizando éste.

Analicemos ahora, aunque sea sumariamente, los caracteres de la situación y el bosquejo de las coyunturas fallidas. Aunque es siempre peligroso simplificar los problemas a veces resulta necesario, siquiera sea con fines expositivos.

A) **PROBLEMA AGRARIO:** Para nadie es un secreto que la gran extensión del latifundio —tanto el latino-americano como el español— ha marcado el desarrollo de nuestro común capitalismo con el cuño de la deformación, de la inestabilidad, de la esrechcz del mercado interno. Y sin mercado interno es archisabido que resulta impracticable la industrialización de cualquier país.

La gravedad del problema agrario en Latinoamérica es lo bastante conocido para que tengamos aquí que insistir en él. En un informe de las Naciones Unidas de 1951, que lleva el expresivo título de "Defectos de la estructura agraria que impiden el desarrollo económico", se afirma que en América Latina "los latifundios abarcan la mayor parte de la tierra cultivable del continente. En general, aproximadamente el 1,5 % de los predios representa, por el contrario, alrededor de la mitad de la tierra cultivable". Según datos obtenidos de un estudio de Oscar Delgado, Bolivia, que tiene el más alto índice de latifundismo de Latinoamérica, llega a la inconcebible proporción de que el 6,3 % de los propietarios ocupan el 92 % de la superficie del país, con fincas de más de 1.000 Has. y abarcando nada menos que 30.000 millas. En Ecuador, otro ejemplo, el 1,07 de los propietarios poseen el 56,67 % de la tierra. El minifundio, en cambio, formado por el 89,87, % de los propietarios, apenas alcanza el 16,63 % de la propiedad territorial. En términos generales para el continente, puede afirmarse que el 1,4 % de los propietarios poseen el 64,9 % de la superficie.

En cuanto a España, si no con tal desproporción y a pesar de sus muchas variantes y matices, el problema sigue en pie. Según datos catastrales de 1954, existen 10.548 propietarios con una extensión superior a las 250 Has. y que ocupan una superficie de 6.635.470 Has. (14,3 % de la superficie catastrada). Pero el problema es, como dice R. Tamames, mucho más agudo que lo que estas cifras y coeficientes puedan dar a entender, ya que la gran propiedad corresponde a las tierras más ricas del Sur y Oeste de España (Badajoz, Sevilla, Cáceres, Cádiz, Córdoba, etc.).

Las consecuencias económico-sociales que tal concentración de la propiedad origina son varias y todas ellas perniciosas. Entre éstas: a) Carácter extensivo de los cultivos, con rendimientos bajos; cuando no la tendencia al monocultivo, tan típica de Latinoamérica (azúcar, café, etc.), pero también existente en grandes zonas españolas (olivo, trigo, algodón).

b) El fuerte desequilibrio en la distribución de la renta, lo que origina

que una gran masa de la población viva a unos niveles de subsistencia. No hay posibilidad, pues, de crear un mercado interno que propicie la industrialización.

c) La evasión del capital a los núcleos urbanos, donde viven los grandes propietarios, con el consiguiente escaso o nulo nivel de inversión en el campo. Los grandes propietarios emplean gran parte de sus beneficios en suntuarios bienes de consumo.

d) Los graves efectos sociológicos y culturales del latifundismo tienen su expresión, por ejemplo, en que los analfabetos son particularmente numerosos en estas regiones. Según datos de la UNESCO, Latinoamérica tiene un 57 % de analfabetos. En el último pleno del Consejo Económico Sindical de Córdoba (noviembre, 1962), se ha calculado el porcentaje en analfabetos mayores de diez años, en la provincia, en un 30 %. El *huasipunguero americano* y el *jornalero andaluz*, tienen muy pocas diferencias respecto al siervo de la gleba.

e) Finalmente, el espíritu latifundista se apodera socialmente del alma de grandes capas de la burguesía, quitándole combatividad democrática, espíritu industrial, e incitándole a la máxima ilusión de comprar tierras "rentables". Es el fenómeno de la "territorialización" de la burguesía; comerciantes, incluso profesionales liberales, médicos, abogados, que sueñan con convertirse en latifundistas.

Así, pues, por el estancamiento que tal relación productiva origina en la agricultura, por el bajo nivel de la vida que engendra en la gran población a ella dedicada, por tan escaso mercado interno como produce, el latifundismo hace imposible la industrialización. Es un círculo vicioso. Sin industrialización se origina un gran exceso de mano de obra en la agricultura y la explotación de ésta resulta también insuficiente. Se hace, pues, imprescindible romper el círculo y liberar las fuerzas productivas. Pero en ello siempre se fracasó a través de todos los intentos, españoles y latinoamericanos, de hacer una revolución democrático-burguesa. En España, como es sabido, la Reforma Agraria de la segunda República (1931-36) fué tan débil e insuficiente, que prácticamente no fué nada. En Latinoamérica sólo la revolución mejicana y en su última fase, con Lázaro Cárdenas (1934-1940), dió un empujón de cierta importancia, pero en definitiva también insuficiente. Y ello a pesar de que promulgó su Plan Sexenal, por el cual se distribuyeron a los campesinos nada menos que 26.400.000 Has. Por algún motivo Méjico es hoy el país más estable, política y socialmente, de América Latina. Porque la otra revolución burguesa, el *battlismo* del Uruguay, pese a su éxito urbano, dejó intacto, y de ahí su fallo, el problema agrario. La revolución agraria cubana significa otra fase, más avanzada, la socialista, de resolver el problema, y a esto no vamos a hacer ahora referencia.

B) El segundo problema fundamental, que por obstructivo hace imposible un pleno desarrollo de las fuerzas económico-sociales, es el elevado grado de *concentración monopolista* reinante en todos nuestros países.

En España ha sido gigantesco el crecimiento de esta oligarquía financiera y monopolista, al amparo de unas circunstancias políticas excepcionalmente favorables. El "gran grupo bancario español" domina todos los

resortes económicos y políticos del país. Las cinco empresas más importantes de cada rama industrial controlan el 46,81 % de la industria eléctrica; el 77,69 % de la siderúrgica, el 72,56 de la del cemento, el 63,12 de la banca comercial, más del 70 % de la industria del vidrio, más del 40 % de la del papel, el 71,65 de la del azúcar, más del 50 en la del algodón.

Por lo que se refiere a Latinoamérica, los monopolios que ejercen las empresas norteamericanas sobre los principales productos son lo suficientemente conocidos para necesitar ahora citarlos. Todo el mundo sabe del fabuloso imperio que constituye la "United Fruit" y cuál es el control que el capitalismo yanqui ejerce sobre la economía de todos estos países. De aquí que en Latinoamérica el antimonopolismo se convierta en antiimperialismo, uno de los factores diferenciales que nos separan, a España, respecto a ella.



Pero, ¿qué impide que los cambios estructurales, las reformas necesarias, sean llevadas a cabo? ¿Qué hace que llevemos cerca de un siglo de crisis e inestabilidades, a veces tan extraordinariamente violentas, como nuestra guerra civil, sin encontrar la verdadera solución? Porque la realidad es que cualquier jefe político mantiene hoy, con un simplismo realmente encantador, que "hay que modificar las estructuras, ir a la reforma agraria, a la reforma tributaria y a la modificación de la educación". Con lo cual no se puede, ciertamente, sino estar de acuerdo. El problema comienza cuando tal programa se intenta llevar a la práctica. Porque hay un aspecto, primero y fundamental, constituido por el plano político, el problema del poder, que se olvida con inusitada frecuencia. En su respuesta a una encuesta de las Naciones Unidas, sobre las causas que impedían una reforma agraria, el gobierno de Chile dijo: "La reforma agraria en Chile, por su estructura económica y política, es difícil de realizar. Los terratenientes que serán afectados por cualquier medida de orden económico, político, administrativo, jurídico o social, se opondrán totalmente a su control por parte del poder político y económico. A pesar de ello, en el país se están gestando las condiciones para iniciar una política de reforma agraria". (Citado por Oscar Delgado. Cuadernos núm. 48. Mayo, 1961).

La consecuencia es, por lo tanto, que no basta con plantear certeramente los problemas y proponer unas adecuadas soluciones; que no es suficiente con estudiarlos técnicamente, con disimularlos, con predicarlos, ni siquiera con realizar pequeñas experiencias a escala local; que no basta, en definitiva, con buenas intenciones. Todo se reduciría, en este último caso, a una *actitud crítico-utópica* absolutamente inoperante. Todo se limitaría a "papel mojado", si lo que se propugna choca o está en pugna con los intereses de la clase dominante. Por muchas vueltas que se le dé es ilusión —e ilusión fantástica— querer abstraer el problema de fondo, la lucha de intereses clasistas, que siempre asalta en el camino de las soluciones. La triste experiencia, históricamente repetida tanto en España como en Latinoamérica, es que los propugnadores de reformas, los hombres de buena fe, se vean siempre burlados por los defensores de lo viejo, en tanto que no comprendan que todas esas arcaicas instituciones que repudian, por

bárbaras y podridas que parezcan, están sostenidas por los intereses y la fuerza de las clases dominantes.

La gran conclusión que de todo ésto se deduce es que lo fundamental radica en saber cuáles son las capas sociales *objetivamente interesadas* en el cambio y cuáles las *objetivamente interesadas* en que todo permanezca igual. Ahora bien, dilucidar este punto no ofrece muchas dificultades. Es lógico que los grupos social y económicamente dominantes estén de sobra interesados en perpetuar un estado de cosas que les beneficia. Para nadie es un secreto que existe una estrecha unión entre los intereses económicos, sociales y políticos, de los grupos monopolistas financieros y los latifundistas. Por el contrario, es natural que sea la burguesía progresista, los trabajadores, los obreros, el humilde pueblo, la fuerza con la que hay que contar —y ha de mandar— para que sea posible la transformación apetecible.

En definitiva, el mayor obstáculo para el desarrollo económico-social de muchos países reside en sus propios círculos dominantes. El máximo inconveniente se halla en los propios intereses que ya existen. Ellos son los que imposibilitan y cierran el camino a todas las soluciones. De aquí que lo primero sea *saber con qué clase hay que gobernar* para poder realizar los cambios.

En este sentido puede afirmarse que el único camino viable de hacer una transformación verdadera consiste, pues, en interesar, movilizar y que se llegue más tarde a dominar la situación mediante una alianza de burguesía progresista y proletariado (obreros y campesinos). Ellos son los verdaderamente interesados en que se haga el cambio. Ahora bien, esta alianza de burguesía nacional y proletariado, que es todavía relativamente posible en Latinoamérica, resulta extraordinariamente difícil en España. Porque, como hemos dicho, aunque existen una serie de problemas comunes con Latinoamérica, también hay otros distintos que nos separan, y éste es uno de ellos. A mi modo de ver, por las dos razones siguientes:

a) Los efectos del imperialismo son extraordinariamente más manifiestos en América Latina. La dependencia de estos países respecto al capitalismo yanqui, es casi completa. El monopolismo se convierte allí en imperialismo. De aquí que sea mucho más fácil movilizar a la burguesía, por la existencia de estos factores patrióticos y nacionalistas, a los que tan sensible es esta clase.

b) La burguesía latino-americana no ha sufrido las violencias y los estragos de una nueva guerra civil tan extraordinariamente dura como la española. El temor a la posible repetición de los excesos inhibe y anula cualquier incitación al cambio que entre nosotros pueda experimentar esta clase social. En contraste, la burguesía latino-americana, quizás más abierta, quizás menos desconfiada, se encuentra así en muchas mejores condiciones para unirse a la lucha.

Pero la burguesía, cuya colaboración, apoyo y ayuda, es imprescindible para que sea posible la revolución que es precisa, no puede ni debe dirigir la lucha. En todas las ocasiones —históricamente comprobadas— en que ha sido dueña de las situaciones, ha traicionado y hecho abortar las sustanciales transformaciones que se exigían.

La experiencia es sumamente instructiva a este respecto. En todos los

países de habla española se han repetido las “revoluciones” verbales y los movimientos de insurrección más o menos controlados por la burguesía. Y sin embargo la burguesía ha sido incapaz en todos estos casos de realizar su propia revolución democrático-burguesa, a pesar de ir acompañada, incluso, por una terminología muchas veces de extrema izquierda. Solamente en dos países, Méjico y Uruguay, se han cumplido algunas etapas de esta revolución burguesa, lo cual ha contribuido a darle una estabilidad política y social que los demás no poseen, y a inmunizarlos, en cierto modo, frente a dictaduras y fascismos.

Hay que reconocer que en uno de estos países, Uruguay, el batllismo ha significado un verdadero progreso social y democrático —se ha dicho que fué una manifestación del krausismo español—, pero también es verdad que quedó a mitad de camino, sin comprender los problemas de base estructurales y sin afrontar abiertamente los que afectan al campo.

Por otra parte, también la revolución mejicana es muy aleccionadora en este aspecto. Nos muestra los vaivenes de los intereses burgueses, representados por Madero, por Carranza y Obregón; primero, frente a la dictadura de Porfirio Díaz, más tarde ante las reivindicaciones de las masas campesinas, dirigidas por Zapata. Cuando estas fuerzas burguesas llegaron al poder, fueron transigiendo rápidamente con los intereses dominantes, virando a la reacción, y sólo ante la fuerte presión del movimiento campesino se fueron alcanzando algunas fases de la revolución burguesa. Sin Zapata y sus fuerzas, desafiando los intentos de suprimirlos, ni siquiera se hubiera promulgado la Constitución de 1917.

Las demás experiencias latino-americanas, tales como la precaria revolución boliviana de 1952, encabezada por Paz Estensoro; el triunfo de la llamada Acción Democrática en la Venezuela de Rómulo Betancour; el Aprismo de Haya de la Torre, en el Perú, con muchos años de lucha sin alcanzar el poder; nos muestran el absoluto fracaso de la burguesía nacional, por sí sola, para llevar a cabo las transformaciones requeridas.

Puede afirmarse que hay una actitud común a toda la política burguesa: su preocupación y casi obsesión por las reformas constitucionales, los aspectos puramente políticos de la cuestión, dejando de lado o limitando a simples declaraciones formales el fundamental problema económico y social planteado. Su preferente y casi exclusiva atención por la libertad política, tiene todo el carácter de una coartada para ocultar otras realidades más perentorias. Una muy expresiva prueba de esta actitud la tenemos en el señor Haya de la Torre, creador y animador del *Apra*, cuando sostiene que el fundamental y decisivo objetivo debe ser respetar la “libertad política” y la “constitución”, postulados que considera de máxima tradición en Latinoamérica y en cuyo nombre se han hecho todas sus revoluciones. Este planteamiento, propio del siglo XIX, lo compaginan estas burguesías, no obstante, con la más feroz terminología revolucionaria. Pero lo que cuenta, lo eficaz, no son las actitudes radicales, los extremismos verbales —existe, efectivamente, un sarampión revolucionario constituido por el izquierdismo—, sino la acción verdadera, la organización efectiva, y sobre todo, la movilización y educación revolucionaria de las grandes masas. El extremismo es el modelo oratorio del pequeño burgués o del intelectual “recién

llegado a las causas", pero nunca la expresión seria y consciente de las verdaderas fuerzas revolucionarias. En Latinoamérica, como también en España, muchas fuerzas en el fondo contrarrevolucionarias han empleado la más violenta y agresiva de las terminologías para hacer su "revolución". Cualquier grupo, cualquier insurrección, han sido pomposamente bautizados como revolucionarios. Pero lo que no se puede, ni se podrá nunca, es hacer una revolución sin contar con el pueblo, por encima de él y apoyándose en las fuerzas que siempre han dominado. Esto es absurdo y la experiencia lo demuestra.

JOSE AUMENTE

PANORAMAS

Revista bimestral publicada por el

CENTRO DE ESTUDIOS Y DOCUMENTACION SOCIALES

Director: VÍCTOR ALBA

Algunos de los trabajos que serán publicados en próximos números:

La encrucijada cultural latinoamericana, por H. A. Murena.

Los caminos sino-cubano y chileno al poder, por Ernst Halperin.

El movimiento obrero cubano, por Calixto Masó.

La política como pedagogía, por Juan José Arévalo.

Comentarios de actualidad — Biblioteca — Notas de lectura

Y en cada número *un manual de educación cívica*.

Tomos de 325 a 350 páginas.

Suscripción a seis números:

U. S.: \$ 2,00 en el continente americano.

U. S.: \$ 3,00 en el resto del mundo;

o su equivalencia en moneda mexicana.